

MEMORIA

SOBRE EL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA,

POR DON PEDRO MARÍA RIC,

PRESIDENTE DE LA AUDIENCIA REAL DE ARAGÓN

Edición publicada en español en 1809. Luego traducida al francés de la que nos servimos para la presente.

Exposición de las circunstancias más interesantes de este Sitio y de la capitulación de Zaragoza; por Don PEDRO MARÍA RIC, Regente de la Audiencia Real de Aragón.

Autor: PEDRO MARÍA RIC Y MONSERRAT

Traducido por JAVIER CAÑADA SAURAS

8 de Marzo de 2019



ZARAGOZA capituló el 19 de febrero. El relato de esta capitulación concluía después de la defensa más obstinada y gloriosa que haya tenido lugar en las guerras modernas, excitará siempre la curiosidad de los defensores de la patria, el interés de los bravos españoles y el de Europa entera.

Ahora que podemos satisfacer al público sobre un acontecimiento de tal influencia y tan fecundo en circunstancias, pensamos que será útil extraer un gran cantidad de detalles casi desconocidos hasta este día, de un documento precioso que acaba de caer felizmente en nuestras manos. ES LA COPIA DE UN INFORME, REDACTADO POR DON PEDRO MARÍA RIC, REGENTE DE LA AUDIENCIA REAL DE ARAGÓN, Y FECHADA EN FONZ EL 4 DE JUNIO. (*Editor*).

Don Pedro María Ric se expresa textualmente en los siguientes términos:

El 10 de enero los franceses comenzaron a bombardear Zaragoza con tanto furor que los hombres más valientes e intrépidos reconocieron la necesidad de tomar precauciones, y hasta el propio clero suspendió la administración de los sacramentos. La Audiencia de Aragón no pudo continuar ejerciendo justicia, los demandantes, los defensores, los oficiales subalternos del tribunal no tenían ya la osadía de permanecer allí mientras duraban las sesiones. En fin, los mismos jueces se retiraron espantados; el palacio de la Audiencia, contiguo al del capitán general, atraía sobre este barrio el fuego principal del enemigo, y la cantidad de bombas y granadas que cayeron sobre este precioso monumento de la antigüedad, fue tan considerable que se convirtió pronto en presa de las llamas con todo lo que contenía, excepto los registros y los papeles de los archivos, que se salvaron después de los más penosos esfuerzos.

Zaragoza, atacada tan vigorosamente, bombardeada sin descanso durante cuarenta y dos días, desolada por la epidemia, agotada por el hambre, debía sucumbir infaliblemente si no recibía socorro.

Zaragoza, por su fidelidad, por su infatigable afecto hacia su rey, había hecho casi lo imposible, y su situación era tan desesperada que, desde el primero de febrero, personas cuyo honor y lealtad son incuestionables, vinieron a comentarme la necesidad de capitular y a comprometerme a hacer gestiones sobre este tema ante el capitán general. Sin duda, según las leyes militares, la ciudad habría podido y debido rendirse desde hacía varios días, porque, independientemente de que no tiene de plaza fuerte más que el nombre (y todavía no se lo han dado más que en los relatos de los extranjeros), las baterías que se habían construido estaban destruidas, y no sólo las brechas estaban abiertas, sino que el enemigo se había establecido en medio de nosotros y ocupaba varios puntos en el interior. Sin embargo, nos parecía tan duro rendirnos, cuando nuestra causa era tan justa, cuando era tan necesario defenderla, que dí más amplitud a la misión que tenía del general, para animar el celo del pueblo, y que me serví incluso de algunas personas dispuestas a capitular, para la ejecución de las medidas que juzgué convenientes, según el conocimiento que había adquirido del carácter de este pueblo; conocimiento que, además, me sugirieron muchos de los asuntos que propuse al general, que él adoptó, y cuyo éxito fue tal que, a pesar de la imposibilidad aparente de resistir más tiempo, la ciudad se mantuvo hasta el momento en que, faltando completamente los recursos, y contagiado él mismo por la epidemia, el capitán general formó, en la noche del 18 al 19 de febrero, una junta suprema de gobierno, a la que le dió toda su autoridad (el poder civil y militar), y de la que me nombró presidente. En aquel mismo momento, convoqué a los miembros de la junta, y a la una de la mañana entraron en funciones.

Nadie ignoraba el estado de desolación en que había quedado reducida la ciudad; todo el mundo pedía capitular. La junta, aunque conocía la angustia y compartía el sentimiento general, quiso asegurarse si quedaba todavía algún medio posible de salvación, algo que hacer para cumplir en toda su extensión sus deberes para con el rey nuestro señor; un examen profundo de la situación actual probó que era desesperada hasta el punto de que el hombre más duro no hubiera podido considerarla sin compasión. Los jefes del ejército fueron convocados para dar su opinión verbalmente y por escrito. El mayor-general de la caballería informó que la defensa era impracticable de ahora en adelante, ya que él no tenía más que sesenta y dos caballos agotados por la fatiga, y de los que no se podía ya hacer uso; todo el resto, había muerto de hambre. El mayor-general de la infantería remitió un estado de situación del que resultaba que no existían más que dos mil ochocientos treinta y dos hombres en estado de servicio. El comandante de la artillería insistió sobre la urgente necesidad de rendirse, pues estaban ya agotadas las municiones de guerra, a excepción de la pólvora que se había fabricado en los edificios de la Inquisición, y que podía, en cualquier momento, desaparecer por la caída de una bomba o de una granada del enemigo. El ingeniero en jefe expuso el estado actual de las fortificaciones que las volvía absolutamente inútiles, faltando los brazos y los materiales para repararlas, así como la tela para hacer sacos terreros.

Los jefes no solamente fueron de un parecer unánime sobre la rendición de la plaza, sino que además declararon a la junta responsable ante Dios y ante el rey, de la muerte de tan gran número de individuos sacrificados en cada instante, y que era imposible salvar de ahora en adelante por cualquier otro medio; por otra parte, añadieron ellos, rendir Zaragoza no es abandonarla sin retorno a su soberano legítimo, si la nación triunfa del enemigo que la oprime tan injustamente.

La junta, consternada por informes tan dolorosos, quiso escuchar la opinión del teniente general don Felipe Saint-Marc, uno de sus miembros. Este digno general había dado tantas pruebas de su lealtad, de su coraje y de sus talentos militares, que su parecer no podía más que satisfacer al general en jefe, a la junta y a toda la población, testigos de sus estimables cualidades; y yo faltaría a mi deber si no declaraba abiertamente que, según mi parecer, los méritos extraordinarios de don Felipe Saint-Marc exigen grandes recompensas. Este sabio y bravo general dijo con toda franqueza que, en el caso en que los franceses, así como se debía temerles según lo que se podía observar de sus preparativos, llegaran a un ataque general, la ruina total de Zaragoza era inevitable, y sería acompañada infaliblemente de todos los horrores, de todas las calamidades que la furia de las tropas francesas reservaba a las ciudades conquistadas y que se harían sentir en Zaragoza, en proporción al odio y la irritación de estas tropas, de sus generales y de su

emperador; pero, si los ataques eran parciales como los que los franceses renovaban diariamente, la ciudad podría mantenerse todavía dos o cuatro días a lo sumo, siempre que se aumentara el número de combatientes y de trabajadores; bien entendido también que la defensa no se continuaría más que en el caso en que se le asegurara un pronto socorro, ya que, si era de otra manera, habría que reprocharse haber sacrificado inútilmente el gran número de hombres que cada día se llevaban en el corto intervalo de tiempo citado anteriormente.

Para no omitir nada de lo que podía iluminar a la junta, el duque de Villahermosa regresó cerca del general; debía tener conocimiento de los avisos que hubiera recibido de algún próximo socorro; pero el general estaba tan indispuerto, que no podía dar cuenta de lo que fuese, se pidieron al secretario las cartas y documentos, y él nos remitió un trozo de papel que contenía algunas palabras enigmáticas (no era posible contactar de otra forma a través de las líneas del enemigo), que parecieron ser del conde de Montijo, en que anunciaba al general que él y el duque del Infantado habían expresado el deseo de venir en socorro de Zaragoza, pero que la junta central había ordenado que “*sería el “Suizo quien vendría allí”* y que ellos debían atacar Madrid. Por el Suizo, la junta entendía que se trataba de Théodore Reding; y aunque la reputación de este bravo general debió bastar para animarle, no podía contarse mucho con su ayuda, porque, encontrándose entonces en Cataluña, tenía que atravesar el Ebro, lo que era imposible, pues el enemigo se había hecho dueño del barrio de Zaragoza, y, por consiguiente, del Puente de Piedra, único paso del barrio a la ciudad. El secretario envió además una carta que don Francisco Palafox había escrito a su hermano, el capitán general de Aragón, y en la que este celoso colaborador, después de haberle dado la más exacta cuenta de todas las penalidades que había sufrido, pero inútilmente, para reunir tropas, le informaba que, privado de los recursos que esperaba, estaba actualmente en Tortosa, ocupado en formar allí un cuerpo de campesinos y de guarniciones de la costa, que pensaba reforzar por medio de algunas chalupas cañoneras que debían remontar el Ebro.

Estos papeles eran de una fecha muy antigua, y, consideradas todas las cosas, llevaban a creer que la nación había experimentado desgracias al mismo tiempo que Zaragoza, lo que le impedía enviar socorro a esta ciudad. Se sabía que el bravo e intrépido Perena había reunido un cuerpo de campesinos, pero se consideraba como cierto que había sido derrotado con su pequeño ejército, como el general francés lo había asegurado en su último requerimiento; y, por otra parte, no era verosímil que un cuerpo de campesinos no acostumbrados a la guerra, sin armas y sin municiones, estuvieran en situación de medirse con un ejército tan formidable como el que sitiaba Zaragoza.

Mientras la junta deliberaba sobre la decisión que debía tomar, el enemigo volvió a comenzar el bombardeo de un modo espantoso. Nadie creía que la ciudad pudo o debió mantenerse más largo tiempo, pero la población estaba desesperada por verse reducida a abandonar un tesoro como la ciudad de Zaragoza, que había merecido la estima de España y de Europa entera. De cuarenta y cuatro miembros que componían la junta, solamente ocho estaban de acuerdo conmigo en que la ciudad debía resistir. No es que ignorasen los motivos que habían llevado a los demás miembros a votar lo contrario; pero nosotros queríamos, yo el noveno, oponer la desesperación a su máximo grado, porque creíamos que todavía era posible que nos llegara algún socorro. Se resolvió al final, por unanimidad, informar al capitán general de la deplorable situación en que se encontraba la ciudad; y ello para que enviara al general francés un parlamentario a pedir una tregua de tres días; lo que hizo diciendo que tenía la intención de encargar a varios de sus oficiales a ir a asegurarse por ellos mismos del estado actual de nuestros ejércitos, y de tratar de la rendición de Zaragoza según la naturaleza de los informes que darían a su regreso. Esto mismo había sido propuesto por el mariscal Lannes en su requerimiento, del que ya hemos hablado. Sin embargo respondió que *esta proposición le chocaba en sumo grado*; pero, a pesar de esta respuesta y las amenazas que profirió contra la ciudad en el caso que no se rindiera inmediatamente, nuestro parlamentario regresó con una segunda carta en la que le recordó que él mismo había dado ejemplo de una proposición semejante; que los franceses la habían inventado y habían hecho uso de ella en una ciudad de Portugal. No replicó más que con una lluvia de granadas, de bombas y de balas de cañón; después, escogiendo el instante favorable, dio la orden de atacar a la vez en diversos puntos, de suerte que la resistencia se volvió

imposible. La misma tarde, perdimos el barrio de las Tenerías, la parte del arenal que conduce al Puente de Piedra, y la puerta del Ángel, cuya posesión ponía a los habitantes domiciliados fuera de la ciudad a discreción del enemigo, sin que hubiera necesidad de recurrir a las minas y a los hornos, tipo de guerra odioso del que no había cesado de usar desde que, metido entre nuestras tropas, cada una de nuestras casas le había costado un combate. La misma tarde todavía tuvimos la desgracia de tener clavados cuatro de nuestros cañones en la batería de los puentes de madera; y aunque se presumía que era obra de la traición, el hecho no fue probado, pues las circunstancias no permitían tomar las informaciones necesarias.

El general Saint-Marc, sabiendo que quedaba poca gente para la defensa de la ciudad, me pidió solamente doscientos hombres que debía situar en los lugares atacados. Tomé inmediatamente medidas que, en cualquier otro tiempo, habrían hecho acudir, en el espacio de un cuarto de hora, a mil campesinos armados; independientemente de lo que había encargado, el mismo día, a don Miguel Marraco, cura beneficiado de Nuestra Señora del Pilar, y al que el general había confiado la organización de los campesinos, de formar una reserva de mil soldados y otra de mil trabajadores, le envié una proclama capaz de inflamar las cabezas más frías; dirigí otra semejante a don Mariano Cerezo, ciudadano respetable, quien, desde el comienzo de la guerra, conocía los medios de aumentar su crédito cerca del pueblo; una tercera, a un sacerdote llamado Laborde, quien, poco antes, se había reunido con varios eclesiásticos para preparar y animar a los campesinos; mandé también tocar generala en la Torre Nueva, y aprovechando el momento en que el enemigo era rechazado a la bayoneta del convento del Sepulcro, ordené al pregonero público recorrer las calles anunciando que teníamos ventaja en todos los puntos, y llamando, a son de trompeta, al pueblo a venir a completar la victoria.

Cuando todo eso fue enteramente ejecutado, el general Saint-Marc vino a informarme que sólo diecisiete hombres se habían presentado a él; lo que probaba de una manera muy evidente la disminución de los habitantes, y, en efecto, el pequeño número que habría sobrevivido se componía de enfermos o de individuos que cuidaban a los que la epidemia había contagiado. Nunca los informes de los diversos comandantes habían sido tan dolorosos como los de ese día: uno, se quejaba de que había sido rodeado por el enemigo; el otro, que estaba a punto de experimentar la misma suerte; un tercero, que su barrio estaba minado, y así sucesivamente. Todos pedían tropas, municiones y trabajadores; y ello, cuando faltaba de todo. En una palabra, cada uno al final estaba convencido de la necesidad de rendirse, ya que, persistiendo en la defensa, lejos de ser ventajosa para la ciudad, esta resistencia inútil sólo podía aprovechar al enemigo que entraba en sus murallas a sangre y fuego.

La junta envió un parlamentario al mariscal Lannes, para pedirle una tregua de veinticuatro horas, durante las cuales se convendrían los artículos de la capitulación; dio al mismo tiempo a los capellanes de las diversas parroquias la orden de informar a los habitantes de sus distritos respectivos, de la situación de la ciudad, y dar cuenta a la junta de la opinión que los habitantes manifestaran sobre este tema. Estando así las cosas, cuando me trajeron a un oficial que dijo ser comandante de artillería de sitio, y me anunció que su general, después de haber recibido al parlamentario de la junta, había decidido que volviera a su casa en dos horas. Mandé en el mismo instante convocar la junta, y como no era posible que la totalidad de sus miembros se hallase reunida tan rápidamente como lo pedía el oficial francés asegurándome que, una vez expiradas las veinticuatro horas, el general no querría ya escucharnos, me decidí a partir acompañado de algunos de los miembros que habían llegado los primeros, y dejé a tres o cuatro de ellos encargados de mostrar a sus colegas el resultado del envío del parlamentario y de concertar las medidas que podrían exigir las circunstancias. El fuego se mantenía por los dos lados con vigor, y parecía conveniente llevar un trompeta con nosotros para anunciar las negociaciones. A pesar de esta precaución, y violando el derecho de gentes, el enemigo me envió a mí y a mis compañeros, de la batería que ocupaba en los Trinitarios, una granada real. Al momento hice las reclamaciones convenientes, rehusando ir más lejos a menos que me aseguraran que observarían las leyes de la guerra. Un ayudante de campo del general francés que, pocos instantes antes, había venido a avisarme que la junta debía ser recibida en la Casa Blanca y no en el arrabal, como lo anunciaba la primera orden, fue

enviado para mandar respetar la junta, y llevó, para mayor seguridad, una escolta de infantería, encargada de conducirla ante el mariscal Lannes.

El mariscal estaba rodeado por oficiales-generales y por otros personajes de rango inferior; recibió a la junta con una gravedad extraordinaria; después de haber cumplido por uno y otro lado con las formalidades usuales, dio varias vueltas por la sala, tratando a la junta con la mayor indiferencia, incluso con desprecio. Al final, dirigiéndose a mí, en mi calidad de presidente, comenzando por reprochar fuertemente la conducta de Zaragoza, insistió las pocas atenciones que merecía esta ciudad, sobre todo por no haber confiado en lo que les aseguraba cuando le conminó a rendirse. Aquí le interrumpí diciéndole que se preocupaba en vano; la junta, que todavía no se había nombrado más que la víspera, no debía ser responsable de lo que se había hecho con sus órdenes; que rendirse antes de haber comprobado la necesidad hubiera sido un acto de demencia incluso a los ojos del general; pero que, informada del estado real de los asuntos, y no habiendo perdido de vista el requerimiento del que hacía tanto caso, la junta había pensado en capitular; que, a este efecto, el capitán general le había enviado la carta de la que se había ofendido; que esta demanda había sido reiterada en la misma época al informarle de los motivos de la petición de la tregua solicitada: “que varios de nuestros oficiales pudieran ir a preguntar sobre el estado actual de la nación”; que esta petición no habiendo merecido respuesta, la junta había tomado por su parte enviarle un tercer parlamentario para conseguir una tregua de veinticuatro horas, plazo necesario para asegurarse la voluntad del pueblo ante el que la junta general era responsable, porque Zaragoza, que se había distinguido por la naturaleza y la duración de su defensa, debía distinguirse también por su manera de capitular, y que alguna de las plazas conquistadas por los franceses no habían mostrado el honor, la sinceridad, la buena fe de Zaragoza; y que, obrando según estos principios, era mi deber hacer observar que no tenía ni poderes ni instrucciones; que conocía la voluntad del pueblo, pero suponía que aceptaría una capitulación si era honorable, y tal como debía esperarla una ciudad que se había defendido con tanto heroísmo.

Este discurso pareció desarmar al mariscal. Cesando en los amargos reproches que acababa de usar, prometió que respetaría a las mujeres y los niños, y anunció que la negociación había concluido. Yo me apresuré a responder que no había ni comenzado, porque hubiera sido rendirse a discreción más que detenerse en un solo punto, lo que estaba muy lejos de las intenciones de los habitantes de Zaragoza, y que, si el mariscal persistía en esta idea, podía continuar atacando la ciudad a la que estaba dispuesto a regresar con mis colegas para continuar defendiéndonos, ya que todavía allí había armas, municiones y espadas; y que, siendo incierta la suerte de los combates, se vería de qué lado se declaraba la victoria.

Llamó luego a su secretario, le dictó el preámbulo y varios artículos de la capitulación que yo leí, y en el primero de los cuales propuse hacer una adición estipulando que la guarnición saldría de la ciudad como le era debido, con los honores de la guerra, y que esta condición estaría regulada por el mayor-general de infantería que había llevado conmigo con esta intención. Lannes no quiso cambiar nada a la redacción que había dictado; pero prometió bajo su palabra de honor que no solamente la guarnición saldría con todos los honores de la guerra, sino que los oficiales conservarían sus bagajes y los soldados sus macutos. Propuse igualmente los artículos concernientes a la religión y a las leyes; fueron acordados, pero sin la estipulación que había sugerido relativa a los privilegios de Aragón. Propuse todavía otro artículo por el que se garantizaba a don José Palafox la libertad de desplazarse, con todo su estado mayor, por todas las partes que le gustaran. El mariscal replicó a ello que un solo individuo no había sido nunca objeto de un artículo de capitulación; pero que daba su palabra de honor de que el general Palafox sería libre de ir por donde quisiera, ya a Mallén, ya a Toledo; y sobre la observación que le hice de que la estancia en estas ciudades no le convendría quizás por estar ocupadas por tropas francesas, cuya presencia no podía serle agradable, y que, además, me había enterado de que se proponía ir a Mallorca, Lannes dio su palabra de que iría por todas partes por donde juzgara conveniente. Me ofreció, con la misma garantía, pasaportes para mí y para todas las personas que quisieran salir de Zaragoza, a fin de evitar los contagios de la epidemia; añadiendo que el artículo que proponía sobre este punto era inútil,

porque deseaba terminar la capitulación, y que todos los que quisieran abandonar la ciudad podrían hacerlo.

Mientras se preparaban dos copias de la capitulación, Lannes desplegó ante nuestros ojos el plano topográfico de Zaragoza, y nos indicó la parte de la ciudad que se iba a explotar la noche siguiente; las minas practicadas estaban cargadas, nos dijo, por 44.000 libras de pólvora; esta catástrofe debía seguirse con un bombardeo de treinta morteros y de sesenta piezas de cañón, que se montaba, en este mismo momento, en el barrio; (se sabía, en efecto, que unas baterías habían sido construidas y unas troneras abiertas en este barrio). Cambiando inmediatamente de tema, se extendió mucho sobre la munificencia del emperador, y de su hermano José, del que nos leyó la respuesta al obispo coadjutor de Madrid. No podía hacer allí observaciones sobre los que nos contó de sus conquistas y de sus victorias; porque, estrechamente bloqueados en Zaragoza, no sabíamos nada de lo que había sucedido fuera de nuestras murallas. Presentó luego, como para apoyar su relato, un montón de papeles que parecían ser periódicos franceses. Pero ninguno de nosotros los tocó e incluso no les prestó la menor atención. Cuando los duplicata de la capitulación fueron firmados, me retiré con mis colegas, llevando la copia para someterla a los demás miembros de la junta, que aceptaron, ratificaron y asumieron con sus firmas, seguros del voto de los habitantes de Zaragoza. La junta decidió que yo intentaría obtener del general francés que el artículo concerniente a la salida de la guarnición con los honores de la guerra, cuya ejecución estaba garantizada por su palabra de honor, se expresara en la capitulación teniendo en cuenta que los periódicos no hacen mención más que de la capitulación *escrita*. La junta pedía también que los campesinos a quienes se había obligado a tomar las armas temporalmente, no fueran prisioneros de guerra, ya que no debían ser considerados como tropas regulares, puesto que, por otra parte, sería quitar a las fábricas y a la agricultura brazos cuya pérdida sería irreparable. En último lugar, la junta, según petición del clero, deseaba conseguir un artículo adicional, declarando que las rentas del clero le serían especialmente pagadas sobre los fondos asignados por el gobierno, lo que juzgó tanto más necesario, ya que, sin ello, el clero habría sido reducido a la indigencia, como lo había sido, en efecto, en el momento en que sólo ha tenido ya otras rentas que la retribución casual de los servicios funerarios. Pero apenas yo había empezado estas propuestas, y en un lenguaje que no podía ni debía ofender a nadie en el mundo, cuando el general Lannes entró en un violento acceso de cólera, y arrancándome de las manos el papel que las contenía, lo tiró detrás de sí al fuego. Uno de estos generales, que pareció avergonzado de este proceder, se agachó para salvar el papel de las llamas.

Lannes insistió enérgicamente en la ejecución inmediata de la capitulación, y regresé a la ciudad con el resto de la junta, después de haberme hecho entregar una copia de la capitulación que acababa de ser ratificada; ellos tenían, a lo que parece, una justa idea de nuestra lealtad y de nuestra grandeza de espíritu, ya que antes de la rendición efectiva de la plaza, varios oficiales y soldados entraron allí sin armas, para venir a buscar vino y pasearse por la ciudad; se les recibió como debían serlo según los términos de la capitulación, y con la esperanza de que observarían lo mismo por su parte; pero muy lejos de ello, comenzaron la misma tarde el pillaje más atroz que sea posible imaginar, y lo continuaron con tanta desvergüenza que, al día siguiente, robaban públicamente y sin la menor discreción. La autorización fue incluso empujada hasta el punto en que, volviéndose con el Cabildo metropolitano, los prelados, los curas y otros, a casa del nuevo gobernador, propuesto por los franceses, que les había convocado para presentarlos al mariscal y animarles en nombre de la ciudad, el cura de San Lorenzo fue despojado de su vestido en la plaza del Carmen, un religioso, de su hábito y otro sacerdote, de su capa; a éste le robaron hasta sus zapatos. Yo hacía sin cesar fuertes reclamaciones sobre tal conducta, pero no recibía respuesta o bien me decían que las tropas debían resarcirse de no haber conseguido el pillaje que consideraban seguro, y que hubiera tenido lugar al día siguiente. Pero, a mi parecer, y no fuí el único de esta opinión, las mulas no las robaron sin que los generales franceses supieran algo, ya que las quejas hechas sobre este tema, y alguna vez incluso antes de la consumación del robo, quedaron sin efecto; y un francés, a quien se le había quitado doce, llegó, como tal, a hacérselas devolver, pero se le dio a entender que una de estas mulas le convenía al coche del general en jefe, al cual se la debía dar como obsequio. Se apoderaron de

las cajas públicas, robaron los almacenes, los mismos arsenales, y extendieron la confusión y el desorden en toda la ciudad, en el momento en que querían que se tuviera con ellos la bondad y los miramientos.

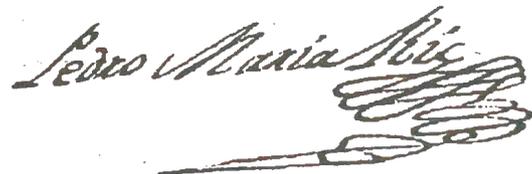
Me pidieron cincuenta mil pares de zapatos, ocho mil pares de botas y mil doscientas camisas, todo nuevo; una gran cantidad de medicamentos y todos los objetos necesarios para el establecimiento de un hospital; un servicio de porcelana para el general Junot; un juego de pelota provisto de todo el aparato completo, para el uso del mismo general. Varios oficiales quisieron que se les proveyera de servicios y de mantelería, e incluso de cortinas, plumas, papel, etc..., con la exigencia expresa de que cada uno de los artículos fuera de buena calidad, en abundancia y, sobre todo, a costa de los desgraciados españoles. Se concebirá fácilmente que tuve que hacer y sufrir mucho para evitar estas exorbitantes peticiones, que habrían consumido para siempre la ruina de Zaragoza y de este país desafortunado. Me opuse con tanta energía a la pretensión obstinada de los jefes del ejército francés, de mantener el brillo de sus títulos a costa de otro, hasta que, después de varias discusiones, me amenazaron con mandar entrar en la ciudad a un escuadrón de húsares. “Nada os lo impide con seguridad”, les respondí yo, “ya que las puertas de la ciudad están destruidas y en vuestro poder; pero la nación vengaría este ultraje, y desde este instante, no daréis un paso más en territorio español sin que fuera regado con sangre de los franceses”. Un miembro de la junta, al que este discurso hubiera debido estremecerle, tuvo la debilidad de prometer que la junta se encargaría del gasto a partir del día siguiente. Ignoro por qué motivos hubiera podido bastar tanto exceso, porque yo regresé a mi casa, como tenía pensado desde el día de la capitulación, cuando pedí, como lo he dejado ya dicho, la libertad de retirarme donde me gustara. Además, estando decidido a presentar mi dimisión, tuve la satisfacción de obtenerla: los franceses repusieron en el empleo de presidente de Aragón a mi predecesor don José de Villa y Torre, y a mí me restablecieron en las funciones de auditor. Yo renuncié igualmente a esta plaza, y parece que fueron aconsejados, porque fui el único de los miembros de la Audiencia que terminó sin ser convocado.

Fatigaría demasiado la atención del lector, si volviese a contar todo lo que ha sucedido relativo a los pasaportes y a otros diversos objetos, con ocasión de los cuales los jefes del ejército francés han probado su mezquindad, su extravagancia, su mala fe, su avaricia, y, por encima de todo, su vicio predominante, el orgullo, que los distingue principalmente del resto de los hombres. Pero no me debo olvidar de decir que, a pesar de la palabra de honor referida al general don José Palafox, este general fue inmediatamente hecho prisionero, que no vio más que franceses cerca de su persona, y que se le rehusaron los alimentos necesarios. A fuerza de mis protestas verbales y por escrito, obtuve un socorro muy módico, y, poco después, se condujo a don José Palafox hacia las fronteras de Francia, de donde hubo que traerlo de nuevo, porque la enfermedad de la que sufría cuando se le sacó de la ciudad se había agravado por las fatigas del viaje. Se ha dicho que los franceses habían dado muerte al padre Basilio de Santiago, primer preceptor del general Palafox, y que habían hecho sufrir la misma suerte al cura Santiago Sas, al que el general estimaba personalmente por la bravura que había mostrado durante los dos Sitios; el hecho es que los franceses se apoderaron de ellos por medio de un alcalde mayor (magistrado en jefe), y no se han vuelto a ver desde esta época.

Aunque tenga la satisfacción de haber reprimido, en gran parte, el ardor feroz de los franceses adoptando medidas apropiadas a las circunstancias y al carácter del pueblo con el que tenía relación, no pude oponerme a que se llevaran los diamantes más preciosos que adornaban la imagen de Nuestra Señora del Pilar, que fueron llevados a la Casa Blanca por orden del mariscal, después vueltos a traer con el pretexto de que se deseaba utilizarlas como ofrenda a la *Santísima Virgen María*, y rendirle un culto más espléndido el día en que el mariscal hiciera su entrada en la ciudad. Pero poco tiempo después el mariscal me mandó decir que fuera a su casa con un miembro de la junta que supiera francés; no se explicaba el motivo de esta orden, y estaba demasiado enfermo para poder conformarme con ello. Sin embargo, el miembro de la junta se trasladó a casa del mariscal que le dijo que era necesario hacer un regalo a los oficiales superiores del ejército, y le dio a entender que la suma o el valor del obsequio debía ser de ochenta mil dólares o aproximadamente para el general en jefe, y, en la misma proporción, para los demás.

Era un golpe terrible para una ciudad como Zaragoza, sobre todo en el momento en que no había más que desgracia, miseria y desolación. El Cabildo metropolitano, siempre animado del mismo celo para el servicio del rey y de los habitantes, y queriendo, por grande que fuera el sacrificio, ahorrar a estos últimos nuevas penalidades, ofreció el medio de salir del apuro; se trataba de donar los valores que fueran necesarios entregando los diamantes de Nuestra Señora del Pilar, que, por otra parte, no se creían de ninguna manera que estaban al abrigo de la rapacidad de los franceses. Miembros del Cabildo y de la junta vinieron a darme cuenta de esta determinación, y fui encargado de la ejecución de la medida, pero ninguno de los generales franceses aceptó los diamantes que le fueron asignados. Al final, recibí la orden de quedarme en mi casa, con un solo miembro de la junta delante, se me dijo, para estar cerca del gobernador francés, donde se encontró a un comisario que hacía actualmente las funciones de intendente y que, cogiendo los diamantes, se trasladó con el miembro de la junta a la iglesia del Pilar, para llevarse el resto, y el mariscal Lannes guardándolo todo, según el rumor que ha corrido sobre ello.

Fui dos o tres veces a casa del mariscal para ofrecerle la dimisión de mi empleo y tratar de los asuntos públicos; no fui nunca recibido, y parecía que no quería escucharme, aunque a los franceses les gustan los discursos, el día de su entrada en Zaragoza; porque el comisario del que he hablado hace poco me avisó que dirigiría, en mi nombre, al mariscal, el discurso usual en esta circunstancia; así que no tuve una palabra que decir.

A handwritten signature in dark ink, reading "Pedro María Ric". The signature is written in a cursive style with some flourishes at the end.

(FIN DE LA MEMORIA DE DON PEDRO MARÍA RIC)

Zaragoza, combatiendo durante sesenta y dos días en medio de sufrimientos que la consumían en su interior, ha merecido (sobre todo desde que las desgracias que ha padecido son mejor conocidas) que se apreciara su inquebrantable tenacidad como uno de los más bellos ejemplos de heroísmo que haya sido dado jamás por los hombres. La posteridad al mismo tiempo despreciará el nombre de los bárbaros que lucharon contra una ciudad abierta y que no tenía más que débiles defensas, con una guerra subterránea, última tentativa a la que tenían recurso para apoderarse de una ciudad inexpugnable por otros medios. Más de treinta mil soldados, la élite de nuestros ejércitos, ciento sesenta piezas de cañón, sesenta mil mosquetes se perdieron con Zaragoza; quinientos oficiales fueron enterrados bajo estas respetables ruinas. Tantos sacrificios, tantas enormes pérdidas en casas y propiedades, la muerte de un número incalculable de habitantes que dejaron desiertas las calles de esta augusta capital, liberaron las provincias meridionales de España de la invasión del enemigo, y harán pronunciar siempre el nombre de Zaragoza con emoción y entusiasmo por los verdaderos patriotas de todos los siglos y de todos los países.

¡Zaragoza! ¡Nombre de terror, de odio y de rencor para el monstruo que se creyó todopoderoso! ¡Nombre respetable y dulce para los hombres virtuosos de todas las naciones! ¡Nombre hecho para dar un ejemplo a todas las ciudades de España! En medio de tus cenizas y de tus ruinas, de tus majestuosos edificios que no se libraron ni de las bombas ni de las explosiones, de tus calles regadas con sangre francesa, de tus tumbas que encierran tantos héroes como cadáveres, más que en los fastos antiguos, y quizás incluso exagerados, de Esparta, de Atenas y de Roma, en donde se deberá buscar de ahora en adelante el fuego sagrado de la libertad: es allí donde se podrá alimentar el celo del patriotismo, y donde el mundo agotará lecciones de sacrificio, de fidelidad y de grandeza.

(Pieza comunicada).